



# LA DEFENSA

SEMANARIO CATÓLICO  
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ESPAÑA, 10 PRAL.

Año II

10 céntimos

Yecla 18 de Abril de 1931.

SUSCRIPCIÓN Yecla, 0'40 ptas. al mes.  
Fuera, 1'50 ,, trimestre

Número 51

## Ante un nuevo régimen

Desde el día 14 del corriente existe la segunda República española: ésta es la forma de gobierno establecida DE HECHO en nuestra patria. Nuestro deber, es acatarla: así lo dicen taxativamente los textos, inequívocos del inmortal León XIII. «Y este gran deber de respeto y de dependencia durará mientras las exigencias del bien común lo pidan.» Son las palabras del Pontífice.

De suerte que, fieles a las enseñanzas de la Iglesia, lealmente acatamos al primer gobierno de la República, por que representa la unidad patria, la paz y el orden. Y no le acatamos como se soporta una fuerza invencible, sino de un modo leal, poniendo si necesaria es nuestra ayuda: la simpatía o antipatía no deben dictar normas de conducta, ha de ser el deber grato o penoso quien mande y aleccione. Seríamos malos españoles si nos gozáramos del mal del Gobierno o procurásemos su fracaso; nuestra actitud y la de todos nuestros amigos debe ser de incorporación, a la vida nacional, como actores, no como expectadores pasivos. Es claro que ni nosotros, ni nadie debe renunciar al derecho de crítica, que es un modo de intervención, severa si es necesario, pero sin su sistemática, estando más prestos a la alabanza que a la censura.

Deber de todos, interés de todos, es que el primer gabinete de la República, acierte en su difícil cometido; es honrado creer que ese es el anhelo de los nuevos ministros, procurar el bien de España, y a este designio nadie debe negarse a cooperar; hombres de la Monarquía, hombres de la República, todos deben juntarse en un ideal común, en un deber supremo, que es España. Proceder de otro modo sería un crimen de lesa Patria.

## EL SANTO CRISTO ENTRE NOSOTROS

Con toda solemnidad se han celebrado durante la semana, los cultos al Santo Cristo del Sepulcro. Las muestras piadosas de nuestro pueblo han sido muy consoladoras. Por la mañana la concurrencia al Santo sacrificio de la misa, ha sido numerosísima; la función también se veía muy concurrida. Pero cuando nuestra hermosa Basílica se hacía insuficiente era por las tardes. ... la afluencia imponente de fieles llegaba a atestarla. Podemos decir que el movimiento parroquial ha igualado y aun superado al que se nota en los días de la estancia de la Patrona.

La cátedra sagrada que ocupaba nuestro querido Sr. Cura ha derramado sobre el pueblo de Yecla la sublimidad luminosa de esa doctrina santa y eterna porque es de Cristo. El tema elegido y sobre el que ha girado la materia de las conferencias lo encerraban estos dos conceptos: justicia y pecado. Hizo el estudio de estas ideas en orden a la sociedad, apreciando la necesidad de la justicia social las calamidades creadas por el pecado colectivo y la urgencia de una intervención activa por parte de todos en la vida actual. Presentó el estado deplorable de las clases humildes que están tan faltas del pan material como del de las intelligen-

cias; apuntó la ignorancia crasísima en materia religiosa y el desconcierto y perdición de la juventud; otro día habló de la familia de la responsabilidad paterna de la claudicación de autoridades, de la rebelión de los hijos y del pasmoso resultado que se tendrá el día de la VINDICTA divina cuando la trompeta angélica extremezca las tumbas. La salvación de las almas y su liberación del pecado fué el asunto de otra conferencia, así como el de la de ayer la gran vitalidad de la Iglesia presentada por algunos como contraria a la alegría del vivir y del progreso.

El Jueves tuvo lugar un hermoso acto Eucarístico expiatorio y de rogativa. Fué expuesto el Santísimo desde las 11 de la mañana hasta las cuatro de la tarde. La capilla eucarística estuvo llena de público en todo momento, siendo altísimo el número de asistencias que se registró. Continuamente entraban y salían personas y a la Reserva la aglomeración fué extraordinaria. La impresión que sacamos el jueves difícilmente se borrará.

Esta noche se ha celebrado otro acto conmovedor; después de la docta conferencia del Sr. Cura, El Santo Cristo, nuestro Patrón ha recibido el homenaje más tierno que podía rendirle el corazón de

sus hijos. Colocada la Sagrada imagen en el presbiterio, sin sudario y abierta la urna que lo encierra, todo el pueblo congregado allí ha ido depositando su ósculo de amor y reverencia en el sagrado cuerpo de la imagen, en perfecto orden, primero los hombres, los niños y luego las mujeres. El desfile ha durado más de tres horas y la piedad más sincera ha acompañado en todo.

En conclusión, las fiestas del Santo Cristo han superado en mucho nuestras esperanzas. Por miles y miles puede contarse el número de almas que han honrado al Santo Patrón visitando su Iglesia. Y seríamos injustos si no hiciéramos mención de la labor evangélica y apostólica llevada a cabo por D. José Esteban Díaz, Cura Económico de la Purísima, Sacerdote ejemplar que ya se ha ganado el corazón de sus teigreses y de su pueblo encomendado. La actuación en el púlpito ha sido atinadísima, le felicitamos y nos felicitamos porque pronto sentirá nuestro pueblo la benéfica influencia.

La procesión, trasladada a mañana por no haberse podido celebrar el domingo anterior ha de ser el remate grandioso de estos suntuosos cultos. Así lo esperamos de la religiosidad de nuestro pueblo, patentizada en estos días de manera admirable.

P. A. Herrero

DE LA HISTORIA DE YECLA

## Sobre el Stmo. Cristo del Sepulcro venerado en Yecla

TRADICIÓN SOBRE LOS PEREGRINOS MISTERIOSOS

Corría el año de gracia de 528. «Reinaba en la católica España, el rey visigodo Amalarico.»

En la Villa de Yecla, en que a la sazón apenas existían habitantes, escapados de la dureza y crueldad de las invasiones, en numero suficiente para que su conjunto pudiera llamarse población se profesaba sin duda el culto cristiano: y había edificada una pequeña capilla en la eminencia del monte, ahora cerro del castillo, en la que se veneraba ya la imagen de la Encarnación, que queda descrita en el capítulo tercero.

A este caserío llegaron una noche dos peregrinos, y habiendo pedido posada en varias partes, los encaminaron a un pequeño hospicio que había contiguo a la capilla, en el que habitaba un anciano ermitaño que cuidaba de aquella con las limos

nas que recogía de los fieles; y daba albergue a los devotos que venían a tributar a la Virgen las ofrendas que habían hecho, en sus desgracias y tribulaciones.

Los peregrinos en cuento llegaron a la ermita, después de hacer prolija oración, la examinaron y vieron con asombro que no había en ella ninguna imagen de Jesús. Aunque admiraron por la relación del ermitaño, los medios de que se habían valido los habitantes para salvar la de la Virgen, cuya solicitud y amoroso entusiasmo les había sugerido diferentes maneras de ocultarla, en las continuas borrascas religiosas que incesantemente ocurrían, y con frecuencia dramas sangrientos ejecutados por la desenfrenada soldadesca.

Tomaron luego un frugal refrigerio con el que les brindara y obsequiara la pacífica y amistosa fraternidad del buen anciano ermitaño, y le pidieron les facilitase la sacristía de la ermita para descansar, después de repetir sus oraciones. Esta sacristía era un pequeño apartamento que estaba contiguo a la angosta y reducida nave de la capilla.

Concedióseles el afectuoso huésped, y se retiraron al templo, donde permanecieron reverentemente postrados con el mayor silencio y recogimiento, hasta muy entrada la noche.

Muy luego comenzó a oírse ruido extraño, hacia la parte de la sacristía.

Cuéntase que el ermitaño estuvo atemorizado en toda aquella penosa noche, y que el estruendo por momentos aumentaba sus proporciones, hasta que llegó a hacerse espantoso; pues semejábese, al que haría una grande falange de obreros que simultáneamente trabajasen en un estenso taller de ebanistería.

Este industrioso e imponente ruido, que no había ningún motivo racional en lo humano a que poder atribuirlo, dícese que era alternado y a veces ligeramente interrumpido, por ciertos cánticos, al parecer, religiosos, tan dulces como patéticos, a que contestaban otros formando coros y entonando salmodias muy graves y armoniosas; pero espresadas en idiomas ininteligibles y desconocidos.

El anciano ermitaño lleno de confusión, después de concluir aquella escena que, no sabía si atribuir a ensueño, a delirio de su imaginación o a efecto de encantamiento, agobiado su espíritu por un pánico pavoroso, esperó a que la nueva aurora amaneciera.

Se dirigió luego al templo, ha dar gracias a la Virgen porque le había librado la vida aquella noche incomprensible, y muy dispuesto a abandonar para no asistir ni participar otra vez de aquellas mágicas y presumidas elucubraciones, que profanarían el respeto debido a la modesta ermita.

Fué después a despertar a los peregrinos, dudoso de su virtud y temeroso a la vez de sus personas, pero no estaban por la sacristía ni en otra parte de la capilla.

Pleno de dolor por la suerte de aquellos desgraciados, recorrió todas las puertas y las encontró abiertas. Salíó precipitado: trepó por las eminencias del monte: (Continúa en 4.ª plana)

